PRESENCIA LITERARIA
Director: JUAN QUIROS, Casilla 1913
La Paz, Bolivia, Domingo 16 de Enero de 1966

EL LINAJE PATERNO DEL MARISCAL DON ANDRES DE SANTA CRUZ

Por ADOLFO DE MORALES



Mariscal Don Andrés de Santa Cruz.

A los cien años de la muerte del Mariscal de Zepita D. Andrés de Santa Cruz, Gran Protector de la Confederación Perú-Boliviana y uno de los más grandes presidentes que ha tenido Bolivia, sus restos mortales son repatriados de Francia, donde falleció el 25 de septiembre de 1865, con todos los honores debidos a su rango, sumándose a ellos la República Francesa, que ha brindado un acorazado para traer sus restos mortales. Su figura excepcional es enaltecida y estudiada en cada una de sus múltiples facetas. Como caudillo militar que supo ganar laureles victoriosos. Comó estadista y legislador que diera a Bolivia sus primeros códigos de leyes. Como hombre que poseía una recia personalidad de perfiles señeros, y como gobernante, que procuró a su patria una era de progreso y respeto en el concierto de las nacientes repúblicas sudamericanas.

Al recordar su nacimiento en La Paz, el 5 de diciembre de 1792, se ha hablado también de su madre, Da. Basilia Calahumana y Salazar, descendiente de los caciques de Huarina en época de los Incas, de la que heredara su sagacidad inteligente y la voluntad recelosa. Nosotros queremos hablar de la vena heroica y de las virtudes cristianas que le venían por la sangre española de su padre, el Coronel y Maestre de Campo D. Josef de Santa Cruz y Villavicencio, que ocupara cargos de importancia en los Reales Ejércitos de Su Majestad Católica y en la administración o servicio de la Corona de España en el Reino del Perú y la Provincia de Charcas.

Según el expediente que se conserva en el Archivo General de la Nación Argentina (legajo 9-24-3-1), el Coronel y Maestre de Campo D. Josef de Santa Cruz y Villavicencio presentó un memorial el 9 de febrero de 1791 al Alcalde de primer voto del Ilustre Cabildo o Ayuntamiento de la ciudad de Nuestra Señora de La Paz, Dr. D. Juan Josef de Ayoroa, Abogado de la Real Audiencia de Lima, y vecino de la citada ciudad, para que con citación del Procurador General de la misma, Doctor D. Diego de la Riba, "Abogado de las Reales Audiencias del Reyno", se registrara y tomara razon de varios documentos donde se probaba su nobleza, legitimidad y limpieza de sangre; seguramente de acuerdo con el axioma español que con muchísima razón sostiene que "la nobleza no puede ser supuesta, sino probada". La pieza principal de este expediente es la certificación dada por D. Antonio Gómez Arévalo, "Cronista General en todos los Reynos de Su Majestad Católica el Señor Rey D. Felipe Quinto del nombre, que Dios guarde"; el mismo que afirma que "consultados los Libros de Armerías, Historias y Nobiliarios y Copias de Linajes, que tenemos en nuestro poder y blasonan de los Solares y Casas Nobles de estos Reynos de España, aparece y se hallan escritos los Apellidos de los Linajes de donde procede don Francisco de Santa Cruz y López de Salcedo, Secretario del Excmo. Señor Príncipe de Santo Buono, Virrey y Capitán General del Reyno del Perú y probanza de su calidad, así de limpieza de sangre, como del lustre y Nobleza de sus ascendientes. " Y más adelante afirma que los Santa Cruz proceden de uno de los Doce Linajes Nobles Troncales de la Ciudad de Soria: Don Vela, Santa Cruz, Calatañazor, Barrionuevo, San Llorente, Santisteban, Morales, Salvadores y Chancilleres, duplicándose los cuatro últimos hasta alcanzar el número de doce por existir de cada uno de ellos dos ramas troncales separadas.

Este estamento nobiliario de los Doce Linajes, digno de un prolijo estudio jurídico-sociologico, ya que desde el año de 1118 gobernaba a la ciudad de Soria y su jurisdicción dentro de un régimen que hoy llamaríamos parlamentario (el vocablo es de uso y significación reciente) en pleno medievo; agrupaba fuera de los doce linajes troncales a diversas familias unidas en torno de cada uno de ellos. Tenían muchos y valederos privilegios y sería muy largo y prolijo hacer el historial de esta veneranda institución nobiliaria, tan respetada, que el sólo probar que los antepasados pertenecieron a ella, es prueba irrefutable de nobleza e hidalguía de sangre.

El Linaje de los Santa Cruz que tenía su casa solar junto a la Parroquia de Santa Cruz, en Soria, iglesia donde dice el Cronista del expediente: "Tienen los Santa Cruces algunas estatuas de alabastro de Caballeros armados y allí están sus blasones", tuvo el singular privilegio de encargarse de la guarda de la Real persona del Rey D. Alonso de Castilla, que heredó la Corona estando muy pequeño, al morir su padre el Rey D. Sancho de Castilla. Añade el Cronista que "de esta esclarecida familia y Tronco de los Santa Cruces de Soria "salieron muchas ramas a hacer asientos en varias Ciudades, villas y lugares de estos Reynos y en particular se radicó una de ellas en Aguilar de Campoo y de allí procedió Hernán de Santa Cruz Solórzano que casó con Angela Llorente y cuyo tercer hijo fue Cristóbal de Santa Cruz, que casó con Gerónima de Lara, hija de Juan de Lara, que tuvo su solar en la Villa de Olivares, y hallándose el susodicho don Cristóbal de Santa Cruz en la Corte de Viena, ocupado en el servicio de Su Majestad Cesárea fue su Gentil Hombre y como tal fue despachado a la Corte de Roma como Embajador y en atención de este servicio le concedió el Emperador (de Austria) el título de Barón del Sacro Romano Imperio, añadiendo sobre campo de gules un Aguila cenicienta al Escudo de sus Armas, la cual tiene en el pico un anillo de oro y pende de él una Cruz pequeña y cuadrada del mismo metal que cae sobre el pecho de ella y tiene en el mismo pico una Palma de cuyo tronco sale a uno y otro lado una Banda Tremolada con este mote: Aguila exaltavit Crucem, y una L de oro sobre la cabeza del águila, las cuales armas se ven sobrepuestas en el Escudo de la parte (o interesado) para quien se forma esta Certificación". "El insinuado Don Cristóbal de Santa Cruz que celebró matrimonio con Da. Ge-

EL CASUISTA DE PASCAL

Por GUILLERMO FRANCOVICH

LAS PROVINCIALES son duda uno de los libros más importantes de la literatura francesa. Ya Boileau las había saludado como "la más perfecta obra en prosa que existe en nuestra lengua". El elogio de 1694 ha mantenido su validez a través de los siglos. En contraste con LOS PENSAMIENTOS las dieciocho cartas a un provincial amigo constituyen un todo concluido, homogéneo, donde brillan el severo gusto y la lucidez de espíritu del gran escritor que fue Pascal. Pero si en los fragmentarios y rutilantes PENSAMIENTOS va goteando una angustia de esencia metafísica, las páginas de LAS PROVINCIALES se relacionan más bien con los problemas de la ética.

Se advierte en LAS PROVINCIALES que Pascal experimenta el áspero goce de la polémica, se siente el placer del escritor que triunfa del adversario y que reduce a la impotencia las fuerzas que se encrespan en su torno pretendiendo aniquilarlo. No hay en el Pascal de LAS PROVINCIALES nada de la mortal depresión que sufrió Kierkegaard en su polémica también famosa con EL CORSARIO. Pascal está seguro de sí mismo. Tiene la conciencia de su absoluta superioridad. Puede burlarse sarcásticamente, usar la corrosiva ironía o manejar el látigo contra el agresivo rival. Este es fuerte, sin duda. Se defiende con pasión. Cuenta con protecciones poderosas. La policía está a su servicio. Pascal se ve obligado a esconderse, a disimular su identidad. Tiene que firmar sus escritos con un pseudónimo. Sus amigos que lo ocultan celosamente, tiemblan a cada momento por su seguridad personal. Pero la polémica resuena en París, exalta los ánimos y muestra la pujanza del panfletario prodigioso. Seguramente esta experiencia le inspira a Pascal la observación del No. 859 de LOS PENSAMIENTOS: "Es un placer hallarse en un barco batido por la tempestad cuando se tiene la seguridad de que no se podrá perecer".

Pascal no es teólogo. Incidentalmente se ve mezclado en la discusión sobre el tema de la gracia que alborota a París en ese año de 1656. Por eso, abandona el tema tan pronto como puede, para irse al terreno que a él como hombre le interesa mas: el terreno de la moral. Y es allí donde encuentra al enemigo. Allí da con el monstruo pálido, versátil, libertino, que provoca todas las reacciones de su ser.

El moralismo de Pascal es rígido, casi ascético. No acepta transacciones. La debilidad, la flaqueza de los hombres no le parecen excusas para ninguna falta. Cree que Cristo en la cruz derramó por cada uno de los hombres una gota de su sangre. Con esa disposición, animado por esa concepción austera, casi sombría, de la vida, se encuentra de pronto frente a una actitud totalmente opuesta, con una actitud dispuesta a todas las complacencias, decidida a todas las entregas. No puede, pues dejar de enfrentarla como al gran adversario que es indispensable destruir.

LAS PROVINCIALES son, de ese modo, un complemento de LOS PENSAMIENTOS. En éstos trata Pascal de formular su concepción cristiana de la existencia, va poniendo los zumos de su experiencia y de sus meditaciones solitarias. En LAS PROVINCIALES lucha contra aquello que constituye la negación de sus más profundas convicciones. Las cartas son la ofensiva del hombre frente a lo que representa para él una actitud falaz y destructora de la humana dignidad.



PASCAL

Pascal no crea, pues, el personaje. El casuista existe. Está en los infolios que, escritos en latín, circulan por el mundo. Pero Pascal depura los elementos confusos, contradictorios, que la realidad presenta, elimina lo vago, precisa los contornos y traza la silueta inconfundible. De la maraña casi impenetrable de las discusiones escolásticas extrae el personaje vivo, ambiguo y petulante. Lo talla con perfiles nítidos. Lo hace empleando el sarcasmo y la lógica, es decir con instrumentos que cavan hondo y tajan limpio. Nadie está, sin duda, en mejores condiciones que él para la singular tarea.

Se ha discutido la autenticidad del personaje.

Como es natural, el propio casuista y sus amigos, acusan a Pascal de deformar la realidad. Hallan que escoge aviesamente los rasgos negativos, que hace una caricatura en lugar de un retrato. Por ejemplo, el Padre Francisco Anat, Confesor del Rey, en una de sus más suaves diatribas, dice que Pascal "debía cambiar de oficio y dedicarse a componer comedias y farsas".

Pero la verdad es que Pascal ha acertado en el propósito. Ha desnudado al personaje. Y por eso, Racine pudo decir, aludiendo a tentativas anteriormente hechas por otros: "No produjeron grande efecto, porque los escritos, aunque sólidos, eran demasiado secos; no fueron leídos sino por muy pocas personas. Fueron mirados como tratados de escolástica cuyo conocimiento debía dejarse al cuidado de los teólogos. Pero el señor Pascal, tratando esta materia con maravillosa vivacidad y con esa gracia que Dios le ha dado, causó tan prodigiosa sensación que convirtió de inmediato a los miserables casuistas en objetos de horror y de burla de las personas decentes".

(Pasa a la Pág. 4)

Pascal hace con el casuista lo que Platón había hecho con el sofista o Luciano con el cínico. Los sorprende en su realidad esencial. De la variedad multiforme en imprecisa, dispersa en las apiñadas páginas de confesores y moralistas, extrae el tipo. Es indudable que si Pascal no hubiera concentrado sobre él los fuegos de su prosa, el casuista no tendría la significación ni el puesto que tiene actualmente en la historia del pensamiento y de la cultura. Gracias a él emerge en el paisaje del espíritu, mostrándonos una de las más singulares modalidades de lo humano.

El casuista no rechaza la moral. Por el contrario, se considera a sí mismo un moralista. Se atribuye la misión de adaptar la realidad a la moral. Pero lo que efectivamente hace es subordinar la moral a la realidad, aflojar las exigencias, diluir los mandamientos. Es el trapecista de las normas. Quiere pasar por en-

(Pasa a la Pág. 4)

EL JUEGO DE LA ESPERANZA EN LA PALABRA

Yo también como tú, puedo defenderme,
pero de qué vale esta historia a la que siempre nos refieren,
de qué valen estos cuentos que se estudian
para mover la cabeza y no decir nada?
no sé, de nuevo empiezo a ser un caminante,
un hombre sencillo que sólo busca maravillarse
sin poner límites para arribar.
No sé si estamos marginados,
pero cuánto quisiera hablarte de la esperanza,
de los días que no se buscan,
de los momentos con pan y sin silencio,
de los niños sin miedo al porvenir, sin presentimientos maduros;
hablarte de territorios extensos con hierba y con caballos,
decirte que el miedo es pasajero,
una prueba absurda para desanimarnos.

Aspiro a un diálogo sin preámbulos,
caminar contigo serenamente y hablar de los pájaros
o sencillamente del Otoño;
discutir copiosamente de los hombres y sus cosechas,
maravillarnos tú y yo de esta extensión que nos pertenece
entregarnos como sensación de clara potencia,
saber que podemos palpar la soledad por nuestro gusto.
Debería decirte que nuestra dimensión es una sola
que somos hombres y que sólo eso basta,
sin embargo, el muro del silencio es más fuerte
porque tú y yo nos hemos exilado gratuitamente.

CARLOS ABAN GUTIERREZ

LETRAS DE BOLIVIA

Por GASTON FIGUEIRA

EL PRESENTE ARTICULO SE PUBLICO EL 28 DE NOVIEMBRE DE 1965 EN EL SUPLEMENTO LITERARIO DEL DIARIO "LA MAÑANA". DE MONTEVIDEO.

Pese a algunos esfuerzos realizados para que la literatura boliviana sea conocida en el Plata, poco es lo que entre nosotros se sabe de su poesía. En general, hay cierta difusión de algunos de sus prosadores sobre todo del contradictorio Alcides Arguedas, defendiendo al indio en su novela "Raza de bronce" y atacándolo en su ensayo "Pueblo enfermo". También se han difundido -aunque entre en una minoría intelectual- los agudos ensayos de Franz Tamayo (fino poeta, además) y de Fernando Diez de Medina. Adolfo Costa du Reis ha logrado asimismo lectores, sobre todo en Buenos Aires, pero este cultísimo escritor nacido en Bolivia pertenece más bien a ese cosmopolitismo literario cuya sede está en París. Y ello no es desvalorizarlo, sino demostrar, de paso, la variedad de matices de la literatura escrita por bolivianos.

La publicación de una excelente antología de la poesía boliviana contemporánea (*) debe ser saludada como un acontecimiento muy grato. Su autor, el crítico boliviano Juan Quirós ha preferido la calidad a la cantidad. De ahí que en las palabras liminares de dicho libro afirme que se trata de un índice, "no catálogo ni museo", índice "de poetas, no de poemas", es decir, que los que se han buscado son aquellos autores con la necesaria personalidad para representar el panorama lírico del país cuyo modernismo halló en Ricardo Jaimes Freyre una figura que inició la dimensión americanista de dicha lírica. No es, sin embargo, con Jaimes Freyre con quien se abre este panorama, sino con Manuel María Pinto, a quien Juan Quirós considera -con todo acierto- uno de los precursores del modernismo, a la par de Martí, Julián del Casal Gutiérrez Nájera y Asunción Silva.

Veamos, pues, el orden en que está representada en este voluminoso libro la poesía boliviana: Manuel María Pinto (1872-942), Ricardo Jaimes Freyre (868-933), Franz Tamayo (1879-956), Gregorio Reynolds (1886-948), Claudio Peñaranda (1883-921), José Eduardo Guerra (1893-943), Juan Capriles - (1890-953), Man Cesped (1874-932), Primo Castrillo (n. 1896), Antonio Avila Jiménez (n. 1898), Octavio Campero Echazú (n. 1900), Guillermo Viscarra Fabre (n. 1901), Luciano Durán Boger (n. 1904), Raúl Otero Reiche (n. 1905), Luis Felipe Vilela (1906-63), Olga Bruzzone (n. 1909), Oscar Cerruto (n. 1912), Javier del Granado (n. 1913), Julio Amelier Ramallo (n. 1913), Fernando Ortíz Sanz (n. 1914), Yolanda Bedregal (n. 1916) Oscar Alfaro (1921-63), Jaime Sáenz (n. 1921), Gustavo Medinaceli (1923-57), Julio de la Vega (n. 1924), Alcira Cardona Torrico (n. - 1926), Jaime Canelas (1927-61), Héctor Borda (n. 1927), Gonzalo Vásquez Méndez (n. 1929), Félix Rospigliosi Méndez (n. 1927), Beatriz Schulze Arana (n. 1929), Héctor Cossio Salinas (n. 1929), Félix Rospigliosi (n. 1930), Jorge Suárez (n. 1930), Edgar Avila Echazú (n. 1932), Mery Flores Saavedra (n. 1935), Edmundo Camargo Ferreira (1936-64), Roberto Echazú Navajas (n. 1937), Pedro Shimose (n. 1940), Jesús Urzagásti (n. 1941), Oscar Rivera Rodas (n. 1942) y, finalmente, Silvia Mercedes Avila (n. 1942). Como se ve, un vasto panorama. Ciertamente, dentro del carácter selectivo que ha presidido esta antología, la escala de valores es amplia, como que abarca mucho tiempo, y autores que desarrollaron una larga actividad literaria se hermanan con algunos -los mencionados al final, nacidos alrededor del año 40- que se hallan en plena aurora creacional.

En las páginas de este tomo podemos ver, grosso-modo, cómo se van expresando -ya unidas, ya distanciadas- las dos maneras naturales de toda poesía, de todo arte: lo regional y lo universal, lo objetivo y lo subjetivo. Ciertamente, la poesía es de naturaleza subjetiva e intuicional por excelencia, pero es preciso comprender que un país de tan poderosa personalidad telúrica como es Bolivia, de tan acentuado color típico, debe estar asimismo reflejado en aquel artista que sepa comprender esa personalidad y ese color. Reflejo anímico, muchas veces, que tanto puede expresarse de manera directa como indirecta, en la copla jugosa y popular o en el poema elaborado. Otros poetas han preferido rehuír ese contacto con la naturaleza y han buscado su diálogo interno, sus emociones puramente íntimas, personales. En general, preferimos a los primeros, a quienes, de una manera u otra, dan en sus poemas una expresión -o, mejor, una esencia- de bolivianidad.

En la presentación que para esta antología ha redactado Oscar Cerruto -uno de los más prestigiosos escritores actuales de su patria- afirma que "todas las excertas, florilegios o parnasos de la poesía boliviana que emprendieron hace muchos años otros autores, están ya borrados por la caducidad, etc." No tanto, poeta Cerruto. Ciertamente, puede olvidarse sin mayor pena una antología aparecida en Barcelona en el primer decenio de nuestro siglo, pero conocemos otras dos -sobre todo la segunda- de gran valor: "Poetas bolivianos" por Plácido Molina y Emilio Finot (París, 1908, Librería P. Ollendorff), y "Poetas nuevos de Bolivia" (La Paz, edición oficial, 1941) de Guillermo Viscarra Fabre, que es indispensable para conocer cabalmente la evolución postmodernista de la lírica boliviana. La antología que hemos mencionado al principio, la de Molina y Finot, incluye algunos poetas que el tiempo se ha encargado de desvalorizar, pero su plan es excelente ("Los poetas de ayer", "Los poetas de hoy", y "Los que llegan", sección ésta que se inicia con Franz Tamayo y en la que figura asimismo Eduardo Diez de Medina). En cuanto al ya mencionado antologista Guillermo Viscarra Fabre. digamos -aunque muchos ya lo saben- que es asimismo un fino y hondo poeta, y que en esta selección de Juan Quirós está bien representado, con sus armoniosos sonetos y sobre todo con su denso poema "Rainer María Rilke, el hombre de los campanarios", verdadera pieza de antología.



JUAN QUIROS

Una ausencia hemos de señalar en esta antología de Quirós: la del poeta (también ensayista) Jesús Lara, autor de un bello libro titulado "Puuccarwara", que en idioma quechua significa "Tiempo florido". Trátase de un valiosísimo aporte al acervo de la literatura indigenista. Y puesto que Lara no figura en esta antología, ¿nos permitirán nuestros lectores -y Juan Quirós- que hablemos un poco en torno a su obra? Los veinticuatro poemas que forman "Puuccarwara" poseen una perfecta unidad, en la gracia y en la fuerza con que logran captar el espíritu y el color del altiplano. Corresponde destacar -en lo que a la poesía indigenista se refiere- que su sentido especialísimo y reivindicatorio ha significado, en algunos casos, un declive hacia el prosaísmo y la proclama. Pero cuando un auténtico poeta como Jesús Lara -nacido en Muela (departamento de Cochabamba) en 1898- dice su palabra frente a la presencia quechua, ese declive no existe. Ahí está Kcoya "de manos siempre llenas de dones, en el tiempo de florecer, tiempo de amar", y la pastora de llamas, bailando en la colina, "mientras en la fiesta de su cuerpo estalla de gozo el corazón de Pachamama". Y las ansiedades, los sueños, los idilios, las canciones, las ausencias, los trabajos campestres, las ásperas soledades montañesas. He aquí con qué noble "visión" describe Lara la danza de una quechua: "Ebria, ebria del tiempo florido / y tiempo florido ella misma. / En sus mejillas, eclosión de júbilo / de las achiras. / Sus trenzas, dos illawis de plata, guardianas en su cuello / guardianas de un eldorado que más adentro se escondía. / Su rebaño florido de vellones de amancayas, / sendero de perfumes en la verde ladería. / Comenzó a bailar wayñu, comenzó a bailar / la pastora de la colina. / Bailaba asida de mis ojos, / envuelta en las antaras de la brisa. / Su pollera tejida en el telar de los chilijchis, / como arroyo de sangre en la tierra bullía. / En el ritmo ágil de la danza / la hechizada pastora iba y venía asida de mis ojos, / igual que un torbellino que se hubiera apoderado / de todas las flores de la colina. / Se alejaba a desparramar el espejismo / de la huída. / Luego volvía y se acercaba, se acercaba hasta arrollar, / hasta arrollar deshecha en tempestad de maravilla".

Y así continúan el poema y el libro de Lara, en esta fiesta de americanidad. De humilde cuna, este poeta logró, gracias a su fuerte voluntad, abrirse paso en la vida y crearse una cultura. Combatió en las trincheras chaqueñas y en 1938 publicó en Cochabamba su libro "Repete" diario de un soldado que fue a la guerra del Chaco y que es, asimismo, un fuerte alegato antibélico. Su libro de poemas "Arawicu, arawicu" de 1927 apareció casi al mismo tiempo que su obra en prosa "Viaje a Incallajta". Pero es su novela "Surumi" editada en Buenos Aires en 1943 -y publicada luego en Brasil, en versión al portugués- la obra que le dio más fama.

Perdón por esta noticia, que sólo busca subsanar la ausencia de Jesús Lara en una obra que, como este "Indice de la poesía boliviana contemporánea" constituye un esfuerzo magnífico, una realización en que se condensan largos y pacientes esfuerzos de investigación y valoración de Juan Quirós, cuajando en una obra que desde ahora será imprescindible para conocer la lírica del maravilloso país andino.

(*) Juan Quirós, Indice de la poesía boliviana contemporánea. Libería y editorial "Juventud". La Paz, 1964, 440 págs.

LA IGLESIA ANTE LA REVOLUCION LATINOAMERICANA

Por JAIME VERGARA

La realidad fundamental de Latinoamerica hoy en día es el cambio social radical. Para comprender el por qué de esta situación revolucionaria, basta analizar brevemente las características de esa tragedia que marca a las dos terceras partes de la humanidad y que se llama SUBDESARROLLO.

Latinoamérica es un Continente que posee inmensas riquezas y que, sin embargo vive en una miseria y una desolación apenas imaginables. Como consecuencia de la estructura feudal de la sociedad, todos los poderes (económico, político, cultural) están concentrados en manos de minorías privilegiadas, mientras que la gran mayoría de la población está condenada a condiciones de vida miserables en extremo, se puede decir INFRA-HUMANAS, que no muestran ninguna tendencia a mejorar, De los 200 millones de personas que actualmente viven en Latinoamérica, 140 millones trabajan prácticamente como siervos 70 millones se hallan marginados de la economía monetaria, 100 millones son analfabetos, 100 millones sufren de enfermedades endémicas, 140 millones están sub-- alimentados. Como se sabe, el hambre y la miseria favorecen la natalidad: la población no deja de crear. Se calcula que entre 1960 y el año 2000 el crecimiento demográfico será del orden de 400 millones de personas más. De hecho, no es la explosión demográfica la que amenaza al Continente latinoaméricano, sino la incapacidad de los sistemas actuales de producir lo suficiente para poder alimentar a su población al ritmo de su crecimiento. Esta situación de subdesarrollo permanente la caracterizan los así llamados "círculos viciosos de la miseria": un hombre sub-alimentado no tiene la fuerza necesaria para producir de tal manera que pueda alimentarse más; un país pobre, condenado a la dependencia económica permanente a causa de la mono-producción, ofrece un mercado demasiado exiguo para la instalación de industrias, que son el único medio capaz de elevar el nivel de vida de la población; el analfabetismo es un obstáculo para la formación de los maestros necesarios para combatirlo, etc. Estos "círculos viciosos de la miseria" señalan claramente los defectos estructurales de los que sufre el Continente. En tanto que estas estructuras, que impiden el pleno desarrollo del hombre y sus potencialidades, no sean reformadas, será imposible superar la tragedia del subdesarrollo en Latinoamérica.

Hoy día, esas masas miserables han tomado consciencia de su condición inhumana y han decidido poner fin a este estado de cosas. El choque que produce la TOMA DE CONSCIENCIA de la injusticia establecida provoca un sentimiento de rebelión que lleva a la violencia. Latinoamérica, que durante siglos no fue más que un objeto de explotación, ha decidido trasformarse en sujeto de acción.

El problema de Latinoamérica se plantea pues en términos de un CAMBIO SOCIAL RADICAL, cambio que afecta a todos los elementos de la vida en sociedad, es decir, tanto en el plano de las estructuras (clases sociales, sistemas económico, político, educativo) como en el plano de los valores culturales, luego también de los valores religiosos. Se comprende fácilmente que si los valores culturales ofrecen un sistema coherente de explicación y de criterios de juicio propios de una sociedad tradicional, ellos tengan que evolucionar necesariamente con el cambio de las estructuras de esta sociedad. En toda sociedad en transformación se presenta pues inevitablemente una crisis de valores, y este es uno de los aspectos fundamentales de la situación latinoamericana (1).

****

Cual es la SITUACION DE LA IGLESIA frente a la transformación de Latinoamérica?. Para responder a esta pregunta habría que hacer una tipología del catolicismo latinoamericano, ya que las diferencias regionales son relativamente grandes. Sin embargo, la consideración de los rasgos más importantes ofrece un cuadro bastarte caracterîstistico.

-Hay dos mitos que es necesario destruir para poder contemplar a la Iglesia latinoamericana tal como ella es: EL MITO DE LA UNANIMIDAD CATOLICA y el mito de la cristiandad (2). En efecto, desde el tiempo de la colonización española y portuguesa se ha considerado a Latinoamérica "el Continente católico" y, hoy mismo se habla aun del alto porcentaje (40%) que el catolicismo latinoamericano representa para la Iglesia universal. Pero detrás de las cifras engañosas que indican más del 90% de bautizados se oculta la realidad de un catolicismo de masa, popular y superficial, "de tal manera, que uno realmente puede preguntarse si los pueblos de Latinoamérica han sido jamás evangelizados con profundidad, incluso en la época de la colonización" (3). El gran problema actual de la Iglesia latinoamericana se plantea, de este modo, en la relación entre una minoría efectivamente católica y una masa bautizada nominalmente, entre una fe consciente y una fe primitiva, que el teólogo tiene escrúpulos en llamar "fe".

En cuanto al MITO DE LA CRISTIANDAD, si se acepta como definición de cristiandad "la fe unánime de un pueblo que se expresa en estructuras cristianas", como en general fue el caso de Europa en la Edad Media, ciertamente ése no es el caso de Latinoamérica hoy día. Ya ha desaparecido la antigua cristiandad colonial, donde el cristianismo, por ser la realidad social en mayoría imponía sus juicios y sus estructuras de fe por medio de la presión sociológica. Actualmente, en la civilización técnica y pluralista que se va forjando en Latinoamérica, el pluralismo ideológico es una realidad fundamental; basta ver el sincretismo religioso, el crecimiento y adaptación extraordinarios de las Iglesias protestantes, la penetración del pensamiento marxista, etc.



Realmente se puede llegar a la conclusión de que la Iglesia latinoamericana se halla ante una tarea misionera: la evangelización de 200 millones de personas hoy día, de 400 millones más mañana, en una sociedad y una cultura dn evolución continua y rápida. Evidentemente, el choque de la transición de una Iglesia tradicional, estrechamente identificada con una sociedad cerrada, a una Iglesia en estado de misión es bastante fuerte. Pero es necesario que una Iglesia encarnada en una sociedad en transformación se transforme también. Los cambios que se producen en la vida social, la cultura y los valores afectan profundamente a la Iglesia. Las estructuras sociales que hasta ahora han servido para la trasmisión de los valores religiosos a pesar de la escasez de sacerdotes están camino a la desaparición.

****

Cuál debe ser la ACTITUD DE LA IGLESIA ante la situacion actual de Latinoamérica?. Dos de los miembros más autorizados de la jerarquía latinoamericana, M. Larraín, Obispo de Talca (Chile), y presidente del CELAM (Conferencia Episcopal Latinoamericana), y H. Cámara, Arzobispo de Recife (Brasil) y vicepresidente del CELAM, han reconocido claramente que el subdesarrollo es el problema más urgente de Latinoamérica, cuya solución es decisiva no sólo para el continente sino también para el futuro de la Iglesia en Latinoamérica, y han manifestado enérgicamente que la Iglesia no puede permanecer indiferente, que no tiene el derecho de callarse ante la miseria de su pueblo y que el deber "de justicia y de humanidad" de "acabar con la situación inhumana que afecta a decenas de millones de hombres en este continente" se impone a los cristianos por su condición misma (4).

Desde un punto de vista sociológico la tarea de la Iglesia se presenta de esta manera sobre dos planos distintos, pero inseparables: la PRE-EVANGELIZACION, que nace de la toma de consciencia de la tragedia del mundo subdesarrollado y por consiguiente de la obligación imperiosa del desarrollo; y la EVANGELIZACION (podría calificarse de segunda evangelizacion de Latinoamérica), que debe ser promovida por una pastoral nueva, dinámica y de acción decentralizada.

He aquí cómo explica el sociólogo belga F. Houtart la actitud que debe tomar la Iglesia (5): "El signo de la Iglesia en el mundo subdesarrollado será su amor eficaz del hombre que desea realizar su promoción. El dinamismo social de los cristianos, sacerdotes y laicos, cada uno según su misión, será el signo del Evangelio para los hombres de un mundo en desarrollo, tal como la solicitud de Cristo por los enfermos y los pobres fue el signo de su misión entre los hombres de su tiempo. Se trata de un doble signo de evangelización. Signo de presencia en el mundo, es decir, encontrar al hombre en sus preocupaciones fundamentales, porque sabemos que él cumple su misión divina realizando su tarea de hombre y no separadamente. Signo de caridad, pues Latinoamérica ha tomado consciencia de los desequilibrios del desarrollo, y la Iglesia de Cristo le será visible a través de su preocupación y su acción social. Pero encontrar a los hombres que viven en una sociedad incapaz de asegurarles su subsistencia, su participación a los bienes económicos, sociales y culturales porque está mal organizada, significa luchar con estos hombres para cambiar esta sociedad. Los obstáculos son tales que sólo un cambio radical podrá responder a la doble presión, demograiica primero y luego de la creciente toma de consciencia social. Digámoslo claramente: se trata de una revolución ...(6)".

****

Un mundo nuevo está en construcción en Latinoamérica. Será también una IGLESIA NUEVA la que va a surgir en esta sociedad. Pero no sólo a causa de una sociedad nueva, sino también a causa del impulso hacia un cristianismo más evangélico, cuyo origen está en la renovación de la Iglesia universal emprendida por el Concilio.

DOS POEMAS

Cuando la maestra me miraba fino a la altura del pecho, solía pensar en tí pero tu imagen huía hacia lluvias pasadas, cuando nos refugiábamos debajo de los árboles de vacaciones como nosotros. No sabíamos presentir los otoños y todo parecía eterno entonces, como el alba y el pan caliente que olía a tierra. Tú me amabas mucho, y eras para mí una joyita de plomo que llevaba al cuello siempre. Sólo yo sabía que tú eras bella y que el agua era clara, después te alejaste poco a poco dejándome sin tu ternura. Vino el otoño y las violetas y el olvido.

La maestra me miraba fino a la altura del corazón desolado.

Hay una historia triste, me la contaron los duendes...
Parece inverosímil, pero es dulce y por eso no la olvido.
Empieza con un niño que murió ahogado y robaba lirios.
Sólo los ojos de los ángeles pudieron completar la tristeza del entierro.
Y el sol tuvo que beberse toda el agua del pozo para que encontraran su cadádver pequeño y puro como la medallita de su Primera Comunión.
Cuando llueve los duendes se inventan historias...
Yo me dormí con los ojos llenos de luciérnagas para no llorar.
Dios es un hermosos niño de Navidad.

CARLOS RAMIRO RUIZ AVILA

CASIMIRO OLAÑETA Y SU CIRCUNSTANCIA

Por

ALBERTO ZELADA C.



CASIMIRO OLAÑETA

En plena plaza principal de la ciudad de Sucre, donde la primavera parece haber fijado su eterna morada, se levanta el sobrio edificio de la "Casa de la Libertad", pacientemente restaurada y conservada por la benemérica Sociedad Geográfica e Histórica. Cuando su puerta, de añejo artesonado, se abre y el turista o el curioso irrumpen el zaguán del edificio ante sus ojos brota la imagen de un gracioso patio que luce en el centro una fuente de piedra y en los contornos una arquería labrada, seguramente, por indios que trabajaron para la Compañía de Jesus en los tiempos de la Colonia. Al fondo se destaca una puerta respetable con adornos de hierro forjado detrás de la cual se oculta el famoso salón que sirvió de recinto a los diputados de 1825 y que antes fuera la capilla privada de los jesuítas. Esa cita con el origen de la nacionalidad tiene un encanto incomparable.

A la izquierda del zaguán está ubicado el pequeño pero rico museo de la Sociedad Geográfica e Histórica. Entre las piezas conservadas se disputan, por igual, la atención del visitante las pertenencias que fueron del Libertador Bolívar y la corona de la silla de montar del Mariscal Sucre con manchas negruscas de sangre que surgieron del brazo derecho del prócer cuando las balas arteras lo hirieron el 18 de abril de 1828; los bastones que usara el Presidente Gregorio Pacheco y el revólver con el que el tristemente célebre General Melgarejo dirigiera su acción contra Belzu; la caja de prendas personales de Doña Juana Azurduy de Padilla y la primera bandera argentina que portaron los ejércitos auxiliares del General Manuel Belgrano; los camastros tallados destinados a transportar los restos mortales de los Oidores de la Audiencia de Charcas y la última bandera que flameó en el puerto de Antofagasta. Todas aquellas figuras inertes adquieren nueva fisonomía cuando el Presidente de la Sociedad Geográfica e Histórica, Joaquín Gantier, hace las veces de anfitrión y acrecienta el interés del visitante con una minuciosa, erudita y circunstanciada relación de los hechos que rodearon a cada uno de los objetos expuestos. El panorama se completa con la muestra de una calavera asentada sobre un pedestal poco prominente y encerrada en una cámara de cristal, delante de la cual Gantier exclama: "Este cráneo pertenece al hombre que, para mí, es el verdadero creador de Bolivia". Al oir este estribillo pocos curiosos sabrían que Gantier ya tenía en sus manos el manuscrito de una biografía del dueño de aquel despojo óseo. La calavera es lo último que queda del cuerpo dentro del cual estuvo encerrado un espíritu complejo y sugestivo que se llamó José Joaquín Casimiro de Olañeta.

Era por cierto necesario, y también muy justo, el que se escribiera una biografía completa de Casimiro Olañeta. Por suerte quien ha llenado con la demanda es el autor más enterado del tema, que a su erudición añade las condiciones formales de un escritor familiarizado con el buen decir y la correcta expresión. En esa forma Joaquín Gantier con su **CASIMIRO OLAÑETA** reafirma y multiplica el bien ganado prestigio que le diera su **DOÑA JUANA AZURDUY DE PADILLA**, en cuyas páginas Lizárraga recogiera la inspiración para su pieza teatral **SANTA JUANA DE AMERICA** y sobre cuyo contenido se pronunciaran favorablemente la crítica nacional y extranjera.

Las opiniones dispersas y los juicios esporádicos que de Olañeta conocíamos sirvieron para despertar, en torno a su figura, una curiosidad incontenible. A falta de un retrato más completo se desataron la fantasía y la leyenda, dando como resultado una caricatura grotesca que desfiguraba la fisonomía del hombre, o una figura exaltada que agrandaba su verdadera dimensión, o una radiografía fantástica que parangonaba al personaje con otros semejantes pero de otro mundo y en otra circunstancia. En esta confusión urgía la palabra equilibrada y el relato documentado y sereno que den con la verdad, siempre tan esquiva y tan renuente. La biografía -sobre todo la buena biografía- tiene el mérito de comprender a un hombre y de explicar los acontecimientos de su vida de acuerdo con los motivos y las determinaciones objetivas e inmediatas que lo envolvieron. Nada más peligroso que generalizar cuando de la vida individual se habla. Esa vida es una sola, aquí y ahora, enraizada en su irrenunciable circunstancia, empujada por ella y dirigida en pos de su transformación o de su apropiación. En el libro de Gantier brota, de sus cuatrocientas y más páginas, la personalidad de Olañeta como producto sazonado, si se quiere, con visos de refinamiento y ejemplaridad, si se desea- de una época determinada, de un tiempo de tránsito en que más importaban los fines que los medios, más valían las conciencias muelles que las ingenuamente sostenedoras de una convicción incómoda y poco práctica. Si el tener presente estos importantes hechos sirve para explicar la conducta del discutido tribuno nos es suficiente, ni mucho meos, para justificar sus actos sinuosos y desvergonzadamente cínicos, muchas veces, sobre todo si el juicio parte de la concepción de lo que es o debe ser el político ideal.

Casimiro Olañeta, "apuesto e inteligente, engreído y ambicioso, astuto e intrigante" como lo califica Gantier, apareció en el escenario de la vida pública topándose con dos realidades insoslayables: el SER altoperuano y la decadencia del poder colonial que daba paso a la prolongada lucha de la emancipación y de la formación de las nacionalidades latinoamericanas. O sea que todo cuanto se estudia en él, todo cuanto se analice a su alrededor y todo cuanto se conozca de su vida estará conforme con el resultado de una previa explicación de aquella realidad envolvente. Así por ejemplo, la doblez de Don Casimiro, traducida en esa crónica y congénita fragilidad de sus convicciones que lo convirtió en "el más astuto político boliviano", podría derivar, según Gantier, del carácter propio del altoperuano de entonces. "Indudablemente -dice Gantier- el altoperuano era doble y falaz, como tipo perspicaz y complejo. Estas características en las relaciones sociales constituyen un defecto bajo y quien las practica es un ser peligroso y dañino, pero que en el terreno político, muchos han considerado y consideran esta forma de proceder como un verdadero arte". A esta conformación psíquica y cultural se suma, para completar los perfiles del producto, la especial gravitación de un momento histórico de urgencia, con su secuela de inestabilidades emocionales e imprecisiones ideológicas. En todo aquello Olañeta resulta fatalmente inmerso, atrapado, en la maraña tensa que formaron a su alrededor los acontecimientos y su especial conformación psíquico-espiritual. En ese sentido, Gantier señala con toda exactitud: "En la enmarañada psicología de Casimiro Olañeta, el más cabal exponente del político, difícil sería conocer cuáles habían sido sus verdaderas intenciones, si obró únicamente por un fin egoísta o por amor a la patria y la libertad". Como corolario subraya que su "espíritu doble y enrevesado es mucho más interesante para el psicólogo que cualquier otro claro y diáfano, que no necesita el estudio que se introduzca en el laberinto de su pensar y de su sentir. Por esta misma dificultad de desentrañar la razón de sus actos, se hace mas atractivo". En buenas cuentas, con el libro de Gantier, el hombre Olañeta no queda reivindicado ni menos justificado, pero sí explicado suficientemente, localizado en el punto exacto de su circunstancia.

Uno de los aspectos menos estudiados de nuestra historia es, cabalmente, el que se refiere a la descripción fenoménica de los rasgos sustanciales del hombre del año 25. Semejante estudio necesita, de la misma manera, despejar las manifestaciones íntimas y las expresiones culturales, (porque todo hombre es la suma de una peculiar manera de ser encerrada en el marco de un patrón espiritual que recibe de sus mayores) de los autores del aparato jurídico e institucional que luego se llamó Bolivia. Y solamente aquí, después de conocer a fondo la vida de Olañeta, nos es legítimo generalizar o, con más propiedad, inducir la calidad de sus semejantes. Visto el perfil del ejemplar más característico resulta más fácil inferir los rasgos de los demás. El sujeto de la historia es el hombre y buena parte de aquella puede explicarse mejor conociendo la calidad de éste.

Es natural que, para ser lo que fue, Olañeta estuviera adornado de grandes cualidades. Una inteligencia poco común, aparte de una astucia proverbial y de ejemplares dotes oratorias. Lejos estaba Olañeta de ser un mediocre, más bien al contrario, su personalidad se eleva muy por encima de los hombres sin brillo. Como orador "convirtió el congreso en un escenario, donde él era el autor y el protagonista, el hizo del pueblo su siervo y su amo", mientras que "como todo político, don Casimiro, estaba convencido de que nadie era superior a él en el manejo de sus artes". Provisto de estas dotes estuvo presente, en forma sucesiva, para defender a la naciente República en el terreno diplomático, para elaborar la constitución, las leyes y los códigos de la nueva nación, para discutir su actuación en profundas y encendidas polémicas y para advertir a los gobernantes equivocados sobre los errores de su administración. Personalidad variable e inverosímil, en ciertas ocasiones, hombre calculador y sereno, en otras. Casi siempre fue el PODEROSO DETRAS DEL TRONO -como designa la jerga popular- que actuaba con la misma entereza para enaltecer al caudillo en el momento de su gloria o para celebrar su descenso en el instante de la declinación. Los caudillos de entonces le respetaban y le temían, mientras que el populacho y las clases altas no letradas le admiraban y le engreían. Fue el hombre público por excelencia, hasta tal punto que su vida privada estuvo al servicio de su actividad oficial porque "mayor encanto tenía para el tribuno la coquetería con la figuración, con el poder que le daba la meretriz de la politiquería", En el transcurso de su existencia figuró como consejero y hombre de confianza de personajes tan diversos algunos y tan notoriamente dispares otros. Un día estuvo al lado de su tío, el implacable realista Pedro Antonio de Olañeta, para luego recibir con indisimulados halagos a los libertadores Bolívar y Sucre. Con éste fue el coautor de la independencia de Bolivia para luego solazarse con la traición del 18 de abril de 1825. Con Santa Cruz fue su Ministro, su Embajador y el último de sus secretarios que lo acompañó en Yungay, para después convertirse en su implacable enemigo poniendo en juego su convincente habilidad diplomática. Al lado de Ballivián defendió la integridad nacional contra el invasor peruano y al poco tiempo, con una sola frase, echó leña en el fuego de la vanidad enfermiza del oscuro General Belzu para desplazar al héroe de Ingavi. Finalmente, con el único caudillo civil de entonces, con Linares, combatió la anarquía y el despotismo hasta que, pocos días antes de morir, advirtió al nuevo Dictador sobre las consecuencias de sus desaciertos. Por lo visto una vida de esa índole merecía un estudio profundo como el que nos ha ofrecido Joaquín Gantier.

Seguramente el juicio histórico será siempre implacable con Olañeta cuando se pronuncie sobre su actuación frente al Mariscal Sucre. Su actitud entonces es lo menos explicable de todo cuanto hizo. A falta de mejores elementos de juicio quien sabe si el historiador, en este aspecto, tendrá que recurrir a la imaginación bien fundada para dar con la clave de la verdad. Lo único que sabemos es que Olañeta, viendo el ocaso de Sucre en Bolivia y examinando los móviles del amotinamiento del 18 de abril, después de manifestar su fidelidad al Mandatario y de ofrecer sus buenos oficios para calmar a los insurrectos cambió repentinamente de partido. Joaquín Gantier describe una de aquellas escenas en los siguientes términos: "El gentío irrumpió el patio y la sala del legislativo para oír la apetecida voz del orador. Toda la agitación y el vocerío se calmaron cuando empezó a hablar. ¿Y qué es lo que dijo? Nada de calmar al populacho, induciéndolo al orden cual ofreció, al contrario, poniéndose del lado de los más fuertes, los soldados amotinados, encomió su valor como el brote de su deseo de independencia y nacionalismo. La base de su arenga la fundó en la constitución de Bolívar, y, condenando la presidencia vitalicia, se hizo aclamar al decir que los bolivianos sólo deseaban un gobierno netamente nacional. ¿Que había sido de su oferta que prometió el restablecimiento del orden? ¿Dónde estaba la hidalguía de su casta y sus apellidos como su clara inteligencia? Nada apareció, sino la pobreza de su espíritu en su amoralidad. En pocos momentos había cambiado sus promesas por otras. ¿Atolondramiento o inversión del orador que se hizo dominar por el populacho? Más bien, menaigo de ocasión, que había esperado que los sucesos se manifestaran con mayor claridad, y antes que otros le ganasen la partida, se adelantó a su palestra del congreso, donde creyó vencer, y únicamente obtuvo el nombre, que la posteridad le daría del más astuto y artero de los políticos altoperuanos. Inexplicable alma donde el torbellino de grandezas o bajezas se aunaban, la mediocridad de un miserable tinterillo y el poder del dominio a los hombres, la amoralidad y el ansia de conocimiento, la luz en la Asamblea Deliberante y el Congreso Constituyente y la obscuridad del abismo en su traición al padre de la patria, con quien la había creado y constituído". En ese instante de las supremas decisiones el célebre tribuno se dio en su más cruda desnudez de alma, con lo más abominable y abyecto que encerraba su espíritu. Por esta razón, Gantier, en otro acápite, concluye: "Lástima que Casimiro Olañeta hubiera perdido la razón de la moral, porque pesaban sobre él, su temperamento complejo y las contradictorias impresiones que recibió en su juventud durante la guerra de la independencia, que le hicieron obrar en perpetua pugna con los hombres y consigo mismo; de otro modo, la posteridad le habría debido el reconocimiento, ya al gobernante con pleno conocimiento de las necesidades de sus gobernados, ya al mentor que hubiese sentado las bases bolivianas, y no únicamente el recuerdo del efímero triunfo de su personalismo".

Conocida la atrayente e intrincada vida de Casimiro Olañeta queda aún por reconocer que la especie de hombre a la que perteneció ha seguido, sigue y seguirá encarnándose a través de nuestra historia. Más que único, Olañeta es el mero ejemplo de lo que, con el transcurso de los años, se ha visto, se ve y se verá en medio de nuestra ascendente sociedad, tan peligrosamente predispuesta para que siembren su semilla y cosechen sus frutos la vacuidad ideológica, el amoralismo político y el oportunismo acomodaticio. La política (entendida como el juego y la componenda para conquistar el dulce néctar del poder ya sea en beneficio propio o de la colectividad y no como la difícil faena de conducir los negocios públicos en alto nivel asegurando a todos y cada uno el mayor disfrute de los enormes beneficios de la vida en común) admite, por su misma naturaleza, una cierta subordinación de los medios a la obtención de los fines. Sin embargo, debe reconocer una línea divisoria, por más dúctil que sea, entre el bien y el mal. De lo contrario estaremos siempre atormentados por la vigente amenaza del cinismo.

El libro de Joaquín Gantier es como una luz que despeja mejor un camino que era necesario recorrer. Su aparición, por ese motivo, tiene que ser adecuadamente celebrada.

EL EXPERIMENTO DEL DR. OX

Por R. DE BARNEVILLE

Entre la serie de "Cuentos Extraordinarios", de Julio Verne, que deleitaron mi adolescencia, recuerdo uno llamado: "EL EXPERIMENTO DEL DR. OX".

Con las debidas disculpas por las lagunas del relato y las inexactitudes en que pudiera incurrir mi memoria, voy a resumirlo y a comentarlo brevemente.

"La acción transcurre en una pequeña ciudad de los Países Bajos. Es ésta una comunidad cuyos robustos y joviales moradores, -amantes de la buena mesa, las canciones y los vinos generosos-, se dedican, en los ratos que les dejan libres sus seis comidas diarias, al lucrativo y heterogéneo comercio de quesos, jamones y tulipanes y al de esas finas telas de batista conocidas con el nombre de "holandas".

"El Dr. Ox, -alquimista de muchos quilates-, decide hacer un experimento e inunda de un gas especial la ciudad. Con ello, de la noche a la mañana, cambia radicalmente, el carácter de sus habitantes: quisquillosos, irascibles, intemperantes, riñen ahora por los motivos más nimios. Las rencillas profileran en forma alarmante. Amigos de la infancia se miran con rencor y juran comerse mutuamente, los hígados en la primera ocasión... Se escuchan insultos, imprecaciones soeces y, frecuentemente, se llega a las manos. Ni las mujeres quedan libres del contagio. Con la bilis alborotada gruñen incesantemente y los hasta entonces apacibles hogares se transforman en réplicas domésticas del infierno bíblico.

"En ese ambiente tenso, cargado de latentes amenazas, surge una fricción con la ciudad vecina. Magnificado el incidente, cobra caracteres de intolerable ofensa y la Ciudad Gasificada decide lanzarse a la guerra.

"Como no existe arsenal local, la multitud enardecida se apodera de las armas del Museo. Así salen de su polvoriento encierro mazas, manguales, hachas y pesados mandobles medioevales; arcabuces del tiempo de Felipe II, dagas florentinas, lanzas usadas por las huestes de Guillermo de Orange, picas y alabardas pontificias y sables napoleónicos.

"Arremolinada en la plaza principal, en torno al campanario, la turbulenta cohorte se precipita hacia la torre desde la que se divisa la ciudad enemiga. Todos quieren subir al mismo tiempo la estrecha escalera. El Burgomaestre y el Preboste pugnan violentamente por ocupar la delantera. Y, cosa curiosa, a medida que ascienden, se van aplacando los ánimos y la urbanidad y la cortesía reemplazan a la grosería y los malos modales. Ya se escuchan dialogos del siguiente tenor:

- Pase Ud. primero..

- De ninguna manera, a su señoría le corresponde ir a la cabeza..

"Cuando alcanzan la atalaya, nada queda ya de su belicosa exaltación. Contemplan, recortada contra el horizonte, indefensa y confiada, a la ciudad rival, y un sentimiento colectivo de culpabilidad y de vergüenza se apodera de ellos. Comprenden que sería una criminal insensatez atentar contra las vidas y haciendas de sus vecinos, lanzarse a la vesánica empresa de asolar y destruir.

"Entretanto, abajo se agita y rug iracundo el populacho, esperando en vano, la orden de ataque. Es que la atmosfera artificial creada por el Dr Ox tiene apenas algunos metros de espesor y, libres de su maléfico influjo, los lugareños vuelven a ser los seres más pacíficos y amables del mundo.

Por desgracia para las sociedades humanas el Dr. Ox es empecinado, perverso e inmortal.

Los pueblos nacen, crecen y mueren. Unas tras otras, -en distintos puntos del globo-, las culturas y las civilizaciones se desarrollan, llegan a su apogeo, luego declinan y desaparecen como si obedecieran a un ineluctable y fatal ciclo. Para el Dr. Ox, -situado fuera del tiempo y del espacio-, nada significan ni nuestra cronología de eras ni nuestras concepciones étnicas y geográficas. Ningún pueblo del orbe está al abrigo de su pernicioso poder. Desde que el hombre existe el Dr. Ox ha venido realizando su inicuo experimento y así continuará, hasta la consumación de los siglos a menos que se haga algo para impedírselo. Y eso no es nada fácil, pues los elementos constitutivos de la atmósfera, -enervante y deletérea-, producida en los laboratorios del satánico alquimista, emanan de la misma humanidad y no son otros que la INTOLERANCIA, el FANATISMO, el ORGULLO, la CONCUPISCENCIA, la CODICIA, el EGOISMO y la AMBICION, para no citar sino a los principales.

Muy sensiblemente, el Dr. Ox ha encontrado hasta ahora en Bolivia óptimas condiciones para llevar a cabo su periódico experimento. Ello explica la turbulenta vida del país, el desborde de las pasiones y las trágicas luchas fratricidas.

¿Por qué, en los Mandamientos del Código Moral del Incario: AMA QUELLA, AMA LLULLA, AMA SUA, (no seas flojo, ni mentiroso, ni ladrón), no se agregó: "AMA CHEJNINAKUNACHU" (no nos odiemos entre nosotros?)

¿Hasta cuándo seguiremos dando a los extraños el triste espectáculo de un canibalismo político exacerbado al calor de las divergencias de opinión?

La Ley de la Causalidad, -esa relación de causa a efecto-, rige tanto para las ciencias experimentales como para los actos, -conscientes o inconscientes, buenos o malos, y los aciertos o equivocaciones de los hombres-. Y, por eso, en cierta medida, podemos vislumbrar lo que nos depara el porvenir.

Ya Hobbes dijo: "Los hombres acumulan en un montón los errores de su diario vivir y crean un monstruo al que llaman DESTINO, al que luego echan la culpa de todas sus desgracias".

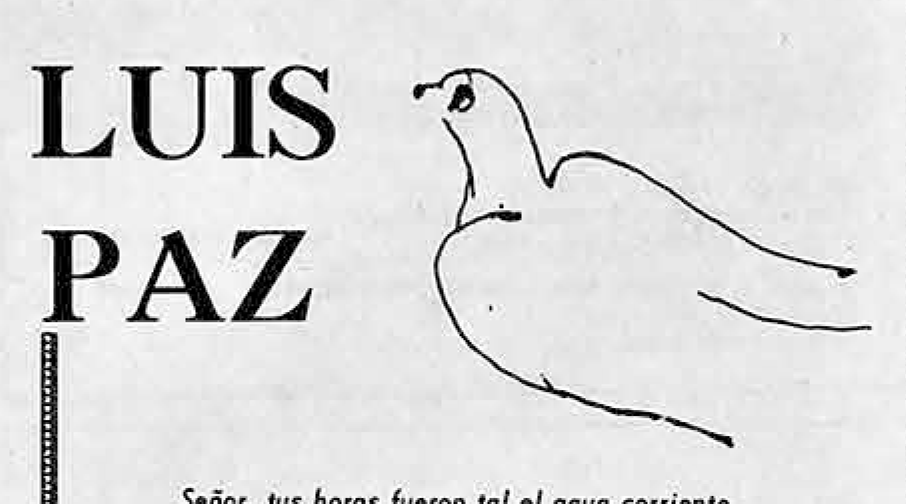
Aún es tiempo de cambiar de rumbo; de reconocer, -en un íntimo acto de contrición-, nuestras culpas y de rectificar nuestra conducta para con el prójimo.

La nación necesita, -quizás más que nunca-, realizar un sincero esfuerzo para conseguir el desarme espiritual y tomar sin vacilaciones las sendas del orden, la disciplina y el trabajo fecundo.

La concordia entre todos los hijos de esta tierra, la justicia social, el olvido de viejos o recientes agravios, no pueden ser sólo la expresión de un generoso anhelo. Son ni más ni menos la condición misma de nuestra existencia como país civilizado que se precia de seguir las doctrinas de Cristo, y la única posibilidad de dejar ese desairado puesto a la zaga de los demás pueblos del hemisferio.

De una vez por todas los bolivianos debemos decidir si queremos marchar hacia adelante o, por el contrario, hacer lo que el cangrejo.

En nuestras manos está pues, el privar al Dr. Ox de su sádico pasatiempo. Ojalá nos empeñemos en ello.



LUIS PAZ

Señor, tus horas fueron tal el agua corriente
en el remanso, diáfana; en los riscos, bullente,
y siempre pura y siempre azul.
Al amparo preclaro de la Eterna Harmonía
copió al sagrado buho de la Sabiduría
y el vuelo veloz del bulbul.

***

Como Catón, severo; como Arístides, justo,
fuiste -¡Dios por delante!- por el límite augusto
que asciende a la Serenidad...
y en el sacro propíleo del Templo Soberano,
Temis puso en tu mano la espada de su mano,
rútila de Amor y Verdad.

***

Pero Athropos vigila; pero Athropos se exalta
tras el lauro florido para tu frente alta
llena de Dios y Bien, Señor;
y caes en tu Areópago, heliasta-hierofante,
como se tumba el trémulo tramonto agonizante,
lleno de paz y de fulgor.

***

Pasajero, aquí vierte tu crátera de vino,
enflora el epitafio y dí por el camino
por dónde, pasajero, vas:
sus horas fueron como el agua que destila
la celeste montaña...! Pero Athropos vigila
torva, sin descansar jamás!

LUIS FELIPE LIRA Y GIRON

EL REGIONALISMO DEL PUEBLO CRUCEÑO

Por LYDERS PAREJA E

Desde que se constituyó el país bajo un sistema republicano unitario, todos los pueblos de la Patria que se encontraban distantes del Gobierno Central sufrieron un abandono total en la atención de sus necesidades y tuvieron que vivir vegetando en su pobreza y rumiando su desesperanza. Entre estos pueblos olvidados y maltratados por el centralismo absorbente se hallaba Santa Cruz, pueblo de trescientos mil habitantes desparramados en trescientos mil kilómetros cuadrados y que, pese a su pobreza y a la enormidad de su área geográfica, realizó las epopéyicas hazañas de conquistar el Mojos legendario y la chiquitanía oriental, convirtiéndose en el centinela de la soberanía nacional en los confines nor-oriental y oriental del país.

Como consecuencia de "ese vivir en el olvido" se fue formando en la conciencia del hombre llanero un resentimiento profundo que, a través de las generaciones, se sedimentó en el alma ciudadana bajo la forma de un amargo rencor hacia el colla. Esta respuesta emocional del cruceño ante el abandono fue siempre mal comprendida y tildada de separatista cada vez que Santa Cruz reclamó con energía su derecho a intervenir en la vida nacional. De nada servían las lecciones de la historia que mostraba a los cruceños firmando el acta de la fundación de la república y peleando en el Acre, en el Pacífico y en el Chaco, siendo la respuesta de siempre -ante cualquier aspiración o cualquier revolución política gestada en Santa Cruz- "los cruceños quieren separarse de Bolivia".

Por fortuna para la Patria ese resentimiento se fue perdiendo a medida que las vías de comunicación fueron poniendo en contacto más estrecho a las gentes del llano y la montaña, los cuales "descubrieron" que ni los cruceños eran separatistas que querían irse con el primer postor que les diera la mano, ni los collas eran los "cholos" egoístas que nada querían para el oriente. Influyó también en este acercamiento, la superación del hombre andino que, trasmontando los horizontes limitados del altiplano, comenzó a pensar en la necesidad de una Bolivia integrada económicamente bajo la tutela de un estado nacional con conciencia de su propio destino.

Así llegamos a los tiempos actuales en que la otrora cenicienta de Bolivia pretende tomar cartas de ciudadanía y quiere contribuir con su esfuerzo y sus recursos, al desarrollo económico del país, tarea para la cual desea atraer a todos los hombres de empresa de la Nación que quieran sumar su esfuerzo productivo en la gran obra de creación de riquezas para lograr el bienestar de todos los bolivianos.

Pero no todo es color de rosas en esta cambiante fisonomía de las llanuras orientales. A pesar de que es trabajo fecundo en esta zona arroja ya volúmenes del orden de los cincuenta millones de dólares anuales, la capital de oriente boliviano sigue viviendo como hace cuatrocientos años con el agravante de que ahora sus barriales ya no pueden soportar el trafico incesante y se transforman en trampas de la muerte que acechan en cada metro a los peatones y a los automotores que circulan por sus calles.

A medida que se vislumbra a menor plazo la solución de los problemas urbanos de la Ciudad, sus habitantes se desesperan cada día más por alcanzar la meta final. De ahí surge una feroz defensa del pueblo para salvaguardar los recursos destinados a sus obras urbanas, y ante los intentos de cercenar estos recursos, nuevamente renace en su espíritu el sedimento secular de que "somos un pueblo frustrado en sus aspiraciones que clama justicia por centurias".

Y nuevamente, también, comienzan a escucharse en las alturas y en las esferas oficiales -de donde precisamente surgen las tentativas de cercenamiento de nuestras regalías- las censuras de regionalismo y de un egoísmo llevado al extremo de quererlo todo para nosotros. Pero está en la conciencia de la mayoría de los bolivianos que Santa Cruz sólo pretende la solución de sus problemas básicos que la transformen en una ciudad digna de equipararse con sus hermanas de valle y del altiplano y quiere dar de sí todo lo que sea necesario para ayudar a la integración de la Patria y a la conformación de una unidad nacional capaz de vencer nuestro subdesarrollo.

Este es el neoregionalismo cruceño, un regionalismo creador cuya filosofía se asienta en el convencimiento de que Bolivia será grande sólo y cuando cada una de sus regiones que la conforman entren en un franco período de progreso y cuando gobierno y pueblo se sienten en una mesa a discutir y planificar el país como una sola unidad socio-económica.

EL CASUISTA DE PASCAL...

(Viene de la Pág. 1)

que llegó a tener con Mefistófeles. No era, pues difícil usar de tretas con él. De todos modos, es con alegría que el casuista saluda a los descubridores de esas tretas. "Adelante, ángeles ágiles y veloces" -les dice estimulando sus esfuerzos. Y llega a exclamar maravillado: "Ellos han cambiado la faz de la cristiandad".

xxxxxxxxx

Donde el casuista hace el derroche de su ingenio y el verdadero alarde de su capacidad inventiva es en el establecimiento de los métodos que le permiten realizar sus propósitos. De acuerdo con Pascal, esos métodos pueden reducirse a los cuatro siguientes:

1o.- Las opiniones probables.
2o.- La definición.
3o.- La dirección de las intenciones.
4o.- Las restricciones mentales.

Esos métodos proceden, por un lado, del carácter abstracto que tienen las normas que necesitan de una interpretación para aplicarse a los casos concretos, y, por otro lado, de la trama compleja de acciones, de propósitos y de expresiones que caracteriza a la conducta humana, dentro de la cual caben las manifestaciones más diversas y contradictorias de la voluntad.

El método de LAS OPINIONES PROBABLES es sin duda el de mayor originalidad. Cuando hacemos algo actuamos de acuerdo con una determinada opinión: la nuestra o la de alguna otra persona que consideramos autorizada. No siempre seguimos la nuestra. Con frecuencia obedecemos al parecer ajeno, que hemos encontrado mejor que el nuestro. De ese modo, todas las opiniones tienen validez: las propias y las ajenas. Pues bien, el casuista se abstiene de cualquier preferencia. En el momento de la acción recurre a la opinión que le conviene más para sus eventuales propósitos. De ese modo, las opiniones están al servicio del interés y de las necesidades personales.

Las posibilidades de elección no tienen límite. "Tenemos completa libertad de conciencia para seguir la opinión que nos plazca de entre los criterios opuestos". El casuista puede obedecer aun a aquellas que él personalmente considere falsas. Además, tiene la posibilidad de aumentar la provisión de opiniones probables ya existentes con otras más nuevas y más variadas. Hay un procedimiento para ello. "Yo adelanto esta opinión, pero como ella es nueva, la dejo madurar por algún tiempo". La opinión entra así en el campo de la discusión. Si las autoridades no se manifiestan expresamente contra ella, pasa a la categoría de opinión probable. Pascal informa, refiriéndose a esto que Diana, un casuista célebre, "ha hecho probables numerosas opiniones que antes no lo eran y así no se peca siguiéndolas mientras que antes se pecaba".

El casuista tiene a su disposición opiniones probables para todas las situaciones de la vida, para todas las profesiones, para todos los sentimientos y pasiones. Hay opiniones probables para el robo, para el homicidio, para el adulterio, para la usura, para la calumnia, etc. Pascal registra algunas de ellas. Hé aquí, por ejemplo, cómo puede justificarse el relativamente inofensivo pecado de la vanidad: "Cuando los buenos espíritus hacen una obra excelente, son justamente recompensados por los elogios públicos. Pero cuando un pobre espíritu trabaja mucho para no conseguir nada que valga y no puede conseguir así los elogios públicos, a fin de que su trabajo no quede sin recompensa, Dios le da una satisfacción personal, que no se le puede envidiar sin cometer una injusticia más que bárbara. Es así cómo. Dios, que es justo, da a las ranas la satisfacción de su propio canto".

El casuista extiende aun a la judicatura el empleo de las opiniones probables. "¿Puede un juez, en una cuestión legal, juzgar según la opinión probable?" pregunta el casuista. La respuesta es: "Sí y aun contra su propia opinión".

xxxxxxxxxx

El método de LA DEFINICION es de incalculables consecuencias y bien podría considerarse como una variedad del método de las opiniones probables.

Frente a una prohibición, lo importante para el casuista es establecer en qué consiste la cosa prohibida o sea tener una definición de la misma para orientar la acción. La definición es por lo tanto decisiva. Ahora bien la definición es casi siempre algo impreciso. Las cosas presentan infinitas facetas. Es difícil captar aquellas que les son exclusivamente peculiares. Además, frente a la variedad de las cosas, llenas de matices y de tonalidades, el lenguaje dispone sólo de un determinado número de vocablos para caracterizarlas. Las definiciones son deficientes como las palabras que emplean. El casuista aprovecha de esas circunstancias para acomodar los preceptos a sus conveniencias personales.

He aquí algunas definiciones casuistas que registra Pascal: "Entendemos por la palabra asesinos aquellos que han recibido dinero para matar a alguien por traición. De donde se sigue que aquellos que matan sin recibir precio alguno y sólo por agradar a sus camaradas no son asesinos". "Aquello que las personas del mundo guardan para elevar su situación o la de sus parientes no se llama supérfluo". "La envidia de los bienes espirituales del prójimo es pecado mortal, pero la envidia de los bienes materiales no es sino venial. Porque el bien que se encuentra en las cosas materiales tan pequeño y de tan poca importancia para el cielo, que es de ninguna consideración delante de Dios".

xxxxxxxxxx

El casuista piensa que nunca se produce el mal por el mal mismo. El mal puro y sin mezcla sólo es buscado por el espíritu diabólico y no por el hombre. Este realiza el mal sólo porque suele ser un medio para la obtención de un determinado bien. En la conducta humana el bien y el mal se mezclan en proporciones variables. Por consiguiente, es posible encontrar tre las mallas de la ley sin romperlas.

No le importa ser honesto sino parecer correcto. Lo que quiere es conformarse con la letra del precepto. Se preocupa por las formas desdeñando los contenidos. Contorna la moral, dejando de lado sus esencias. No se enfrenta con ella sino que hace el viaje por los vericuetos escondidos. Hay en el casuista una especie de goce lúdico. Es en el campo de la moral lo que el sofista es en el campo del conocimiento. El sofista no es un escéptico. No niega la verdad. Juega con ella. Se envanece de producir sus apariencias. Se complace en mostrar la facilidad con que lo falso puede ser presentado como verdadero y lo verdadero como falso. El casuista no niega la moral. Juega con ella en un execrable juego.

El casuista es ingenioso. No es, por cierto, romo el pensamiento que consigue encontrar los artificios de que él se vale para multiplicar sus posibilidades de acción o de interpretación de los preceptos. Su sutileza se mezcla con una cierta zocarronería que disimula lo que podría parecer ridículo detrás de algo que se convierte en temiblemente útil.

El casuista es culto. Su saber lo salva allí donde inevitablemente naufraga la ingenuidad. Sin embargo, no da demasiada importancia a la actividad intelectual. "La pequeña república de nuestras ideas", como él dice, debe estar al servicio de nuestros deseos y de nuestros intereses. La inteligencia es un instrumento delicado, pero debe estar subordinado a los fines mundanos.

Cultiva también el arte, despojándolo de rigideces teológicas o éticas. "La Sorbona no tiene jurisdicción sobre el Parnaso -dice el casuista- y los errores de este país no están sometidos a la censura ni a la inquisición". Y en otra circunstancia afirma: "El agua bendita no puede ahuyentar el demonio de la poesía". Usa los símbolos cristianos con el mismo desenfado que los mitos helénicos.

xxxxxxx

El casuista, como es de suponer, tiene ciertos principios, que sirven de base a su pensamiento y orientan su conducta.

En primer lugar, reduce a lo mínimo la importancia de lo humano en el mundo. Trata de hacerle perder al hombre la trascendencia, la excesiva consideración que tiene para consigo mismo. Quiere circunscribirlo a los límites de su insignificancia cotidiana. Elimina de la existencia las repercusiones innecesarias. "El valor que tienen las cosas temporales -dice llanamente en la terminología de la época- es de tan poca monta para el cielo que no tiene importancia alguna para Dios y los santos".

Estamos en el extremo opuesto al absolutismo de un Kant, por ejemplo, para quien cada acto debe constituir algo así como un paradigma universal. El propio cristianismo afirma que la conducta humana es tenida en cuenta por Dios que la juzga y le da un valor decisivo en el destino eterno. En nuestros días, el existencialismo sartreano sostiene que cuando un hombre escoge una actitud la escoge para todos los hombres. La conducta individual tiene dentro de esas concepciones la máxima importancia. Interesa al mundo, a Dios, a la humanidad.

El casuista, en cambio, recuerda que Dios mismo ha declarado reiteradamente que el hombre es frágil, inconstante y mentiroso, un ser, por lo tanto, del que no se debe esperar grande cosa. En realidad, según el casuista, los hombres necesitan tener más cuidado con las personas entre quienes viven que con los poderes trascendentes. Su posición es más peligrosa frente al prójimo, el cual puede usar con él todos los recursos creados por el orden jurídico. Y Pascal se escandaliza: "No le reprocho de no temer a los jueces -dice- sino de no temer solamente a los jueces y no al Juez de Jueces".

La propia muerte no tiene para el casuista la importancia que generalmente se le atribuye. Es la terminación de una experiencia para la iniciación de otra más duradera que tendrá lugar en el cielo. Lo principal, por lo tanto, es conseguir el acceso a éste. "No importa por donde entremos al paraíso -dice- con tal de que entremos; de salto o de voleo, qué más da, si alcanzamos la vida de la gloria". La dificultad para ello no está tanto en el rigorismo divino como en la avidez del diablo. Se diría que la astucia del casuista está dirigida sobre todo, contra este último. El casuista tiene una especie de camaradería con Dios y de lo que trata es más bien de engañar al diablo, de frustrar su vigilante atención. El diablo del siglo XVII era todavía un poco torpe. Carecía de la sutileza y la ironía para encontrar en cualquier acto, aun el más terrible, un aspecto bueno. "Cuando no podemos impedir la acción purificamos la intención. El método de la DIRECCION DE LAS INTENCIONES consiste simplemente en poner como fin del acto lo bueno que éste tiene, dejando de lado lo demás.

Hé aquí un ejemplo: "Si un enemigo está dispuesto a perjudicarnos, no podemos desear su muerte por un movimiento de odio, pero podemos muy bien hacerlo pensando en evitar el propio daño".

Cualquier homicidio puede ser convertido así en un acto de legítima defensa. El prevaricato desaparece detrás de otras intenciones honestas. "Los jueces pueden recibir presentes de las partes, cuando se los dan por amistad o por reconocimiento de la justicia que han hecho o por llevarlos a hacerla en el futuro o para llevarlos a tener un cuidado particular en un asunto o para comprometerlos a expedirlo con celeridad". Y Pascal hace enunciar así al casuista la esencia de este método tremendo:

- Corregimos el vicio de los medios con la pureza del fin. El fin justicia todos los medios.

xxxxxxxxxx

Como los actos no tienen sólo una apariencia, sino varias, el casuista puede, mediante las RESTRICCIONES MENTALES, adoptar una y hacerla pasar por otra. La utilización de este método exige por lo general habilidad y finura. El hombre corriente no suele disimular sus pensamientos o sus emociones. El astuto, en cambio, oculta fácilmente sus intenciones y da a sus actos aspectos que no revelan su verdadero sentido. Puede presentar el odio como una extremada solicitud. Detrás de un discreto silencio puede encubrir ideas y pasiones en ebullición.

El casuista da a las restricciones mentales dos formas, según se refieran al ocultamiento por las palabras o al ocultamiento por los actos.

En cuanto a las palabras puede hacerse empleo de ellas dándoles diversas significaciones. "Está permitido -dice el casuista- usar de términos ambiguos haciéndolos entender en un sentido diferente del que los entiende uno mismo". Se puede pronunciar palabras de compromiso y no cumplirlas siempre que al hacerlo se establezca mentalmente que no se quiere uno privar de su libertad de acción en el futuro. Inclusive, se puede jurar que no se ha hecho una cosa, si interiormente se refiere uno a ella como si hubiera sido realizada en otro lugar o en otra fecha.

Los actos equívocos son aquellos que se realizan bajo la apariencia de otros. Pascal cita un ejemplo pintoresco: "En las Indias y en la China, los casuistas han permitido a los cristianos aun la propia idolatría con el recurso sutil de hacerles ocultar bajo sus ropas una imagen de Jesucristo, a la cual aprenden a referir mentalmente las adoraciones que rinden al ídolo Chacim Choan o a Keum-Fucum".

xxxxxxxxxxx

Hé ahí el personaje que Pascal atrapó en los laberínticos infolios del casuismo. No fue el producto de la imaginación de moralistas y confesores. Fue descubierto en la época de Pascal, pero aparece en todos los tiempos causando ansiedades y confusión entre los individuos y los pueblos. Es, como lo hemos dicho ya, una de las modalidades con que la realidad humana muestra su increíble complejidad.

EL LINAJE PATERNO DEL...

(Viene de la Pág. 1)

rónima de Lara, como dijimos, tuvo de este su matrimonio a Manuel de Santa Cruz, que celebró matrimonio con Da. María Agustina López de Salcedo, quienes procrearon a Francisco de Santa Cruz y López de Salcedo, de cuya Genealogía, Hidalguía y Justificación se hace memoria".

Más adelante hace también el Cronista acopio de datos documentales sobre la nobleza de la dicha doña María Agustina López de Salcedo, hija de Iñigo López de Salcedo y de Inés Gutiérrez de Velasco, "que fueron sus legítimos padres", y después de hacer memoria de los Pando de Santa Cruz, rama de la misma familia, y explicar sobre el Escudo de Armas de los López de Salcedo, describe el Blasón de don Francisco de Santa Cruz, o por mejor decir, de su linaje, con estas palabras: "Dividido en cuatro cuarteles, en el primero y cuarto una Cruz Colorada sobre campo de oro al modo de la de Calatrava floreteada y en el segundo cuartel sobre gules un Castillo de oro y en el tercero un León de púrpura rampante". La fecha de la certificación dada en Madrid es del 15 de octubre de 1715.

En el mismo expediente se halla la certificación otorgada por el Licenciado Benito Durán de Berrocal, Cura Propio de la Iglesia de San Juan Bautista de la Villa de Cáceres (Extremadura), por donde consta que en el Libro de Bautismos que comienza en el año de 1650 y termina en diciembre del año de 1684, al folio 318 vuelto, aparece la partida de Francisco Ventura, nacido el 14 de julio de 1680, hijo legítimo de D. Manuel de Santa Cruz y Lara, alcalde de la Villa de Cáceres, y de Da. Agustina López de Salcedo, siendo el padrino de este bautismo efectuado a 3 de marzo de 1680 Don Francisco de Pinedo, Corregidor y Justicia Mayor de la Villa de Cáceres. La partida va debidamente compulsada y autorizada o legalizada.

Ahora bien, este D. Francisco de Santa Cruz y López de Salcedo, que pasó a Indias de Secretario del Excmo. Señor Príncipe de Santo Buono, Virrey del Perú, fue años después Corregidor de la Villa de Oropesa del Valle de Cochabamba y estuvo casado con Da. María de Castro, de cuya unión nació Don Andrés de Santa Cruz y Castro, que a su vez casó con Da. Ildefonza de Villavicencio Ibáñez, hija legítima de Don Gerónimo de Villavicencio y Granada, General de los Reales Ejércitos y Corregidor de Guamanga (hoy Ayacucho, en el Perú) y de Da. Antonia Ibáñez y Enríquez, según se desprende de los siguientes documentos: Inserto en el expediente que venimos estudiando se halla un documento debidamente autorizado y legalizado, su fecha "en la muy noble, leal y fidelísima Gran Ciudad del Cuzco, a 30 de marzo de 1791, donde ante el escribano de Su Majestad, público y de Cabildo y Reales Rentas Bernabé José de Gamarra y ante los testigos: D. Marcos Arriaga, D. Mariano Páez y D. Manuel Siancas, declara el Sargento Mayor del Regimiento de Milicias de la Ciudad de Guamanga y Alcalde Ordinario de primer voto de la misma, D. Bernabé de Villavicencio Ibáñez: que el citado D. Josef de Santa Cruz es su legítimo sobrino como hijo de su hermana la señora Da. Ildefonza de Villavicencio Ibáñez y de D. Andrés de Santa Cruz y Castro, habido y procreado en la ciudad de Guamanga de estos Reynos del Perú". Añadiéndose a estas pruebas las referentes a la Nobleza e Hidalguía de los Villavicencio, la vieja e ilustre familia de Jerez de la Frontera, comenzando por presentar en testimonio notarial una petición del General Don Gerónimo de Villavicencio y Granada, gobernador de la Provincia de Castro Virreyna, presentada en la Ciudad de los Reyes (Lima) a 13 de marzo de 1741, pidiendo sean registrados en los Registros oficiales los documentos que acompañaba. Entre ellos, sólo destacaremos el Título de Alférez dado por D. Manuel de Villavicencio y Granada, Capitán de Infantería Española y Comandante del Primer Batallón de la Ciudad de Sevilla, en favor de Don Gerónimo. La Real Cédula del Título de Conde de Cañete del Pinar, concedido por la Majestad del Rey D. Carlos II a favor de D. Francisco José de Villavicencio, de fecha 5 de diciembre de 1703; donde se rememoran los hazañosos hechos de los Caballeros de tan Noble Sangre, que honraron a Dios y a la Patria y fueron paradigma de las más excelsas virtudes. Y abreviando, por no extender más este escrito, sólo pondremos de manifiesto que se halla igualmente in extenso incluso en el expediente del Archivo de la Nación Argentina la información con declaración de seis testigos jurados y contestes sobre ser aquel D. Bernabé de Villavicencio Ibáñez, que conforme vimos declaró en su oportunidad ser tío carnal del Coronel y Maestre de Campo D. Josef de Santa Cruz y Villavicencio, padre del Mariscal Santa Cruz; sobre que el dicho D. Bernabé era "hijo legítimo del General Don Gerónimo de Villavicencio y Granada, Corregidor que fue de la Ciudad de Guamanga y de las Provincias de Aymaraes Puno y Caxamarquilla, y de Da. Antonia Ibáñez Enríquez, natural de Lisboa, personas ambas de distinguida nobleza que fallecieron en la Ciudad del Cuzco y en la de Guamanga", respectivamente, sin haber hecho ninguno de ellos declaración de sus hijos, por no haber otorgado testamento.

Siendo esta tan ilustre prosapia la de los antepasados de su padre, la herencia de valor y las condiciones de mando le venían al Mariscal Don Andrés de Santa Cruz de muy lejos. El supo responder a la dura ley de la nobleza, que exige mucho y requiere estar siempre pronto al deber con Dios, la Patria y sus semejantes y pensar muy poco en los privilegios y exenciones a que da derecho o daba en aquella época. El Mariscal D. Andrés de Santa Cruz respondió ampliamente al conocido mote de "Nobleza obliga", y por ello la posteridad honra su memoria.